

CAPÍTULO 12

La metáfora y el cultivo de la intimidad

“El lenguaje es una condición de la existencia del hombre y no un objeto, un organismo o un sistema convencional de signos que podamos aceptar o desechar” (O. Paz, El arco y la lira)

Una cuestión que se plantea inmediatamente cuando se pregunta uno por la función que tienen las metáforas es la de si es posible enunciar una respuesta única a la pregunta. ¿No sucederá que el recurso a la metáfora sirva tal cantidad de funciones e intereses que no se pueda designar uno en particular como el realmente explicativo? La sospecha de que esto es lo que sucede puede verse acrecentada por la variedad de funciones que, a lo largo de la historia de la reflexión sobre el lenguaje metafórico, se han destacado. Asimismo, la incertidumbre se ahonda cuando se considera la variedad de niveles en que se puede reformular la pregunta ¿de qué sirven las metáforas? Por ejemplo, se puede enunciar esta pregunta en el nivel ontogenético o en el filogenético, como una cuestión sobre su función en el desarrollo (de la competencia cognitiva) del individuo, o sobre su papel histórico en el desarrollo de nuestro trato epistemológico con el mundo. Puede considerarse como una exigencia de información sobre cómo funcionan las metáforas en el contexto de la construcción y puesta a prueba de teorías científicas o, más en general, teorías sobre la realidad natural o social, tanto científicas como pertenecientes al sentido común. Si restringimos el ámbito de sus posibles respuestas a lo individual, en el nivel de la psicología del individuo, se puede considerar la pregunta como una inquisición sobre el papel de la metáfora en la elaboración y utilización de los conceptos con los que se aprehende la realidad. Por su parte, si se atiende exclusivamente a su dimensión lingüística, se puede entender como una averiguación sobre el funcionamiento del mecanismo metafórico en la totalidad de la lengua, por ejemplo, en su evolución léxica y gramatical. O como una demanda sobre su función en utilizaciones

especializadas del lenguaje, como la literatura, la poesía o la filosofía misma.

Sin embargo, aunque un panorama tan confuso pueda resultar descorazonador, siempre queda el rescoldo de la esperanza de que un mayor nivel de abstracción en nuestras reflexiones nos pueda ayudar a encontrar una respuesta satisfactoriamente general. En ese nivel superior sólo existen dos tipos de respuestas que merezca la pena considerar. El primero es el de las respuestas cognitivas, que acentúan el papel de la metáfora en la constitución y difusión de las representaciones mentales que median entre el lenguaje y la realidad. En sus versiones más radicales, la metáfora no es considerada un asunto propiamente lingüístico, aunque se pueda encarnar en la lengua. Se concibe más bien como una cuestión mental, cuya resolución arroja luz sobre la forma en que concebimos el mundo y nuestra relación con él. La metáfora, así considerada, es una manifestación de un proceso psicológico de carácter central y que se encuentra en la base de los procedimientos mediante los cuales nuestro cerebro procesa la información procedente del entorno (v. Cap. 7). Otro tipo de respuestas, aún en el nivel propiamente lingüístico, ponen el énfasis en la función comunicativa y social que puedan tener las metáforas. Esto es, en vez de considerar la relación de la metáfora con los procesos individuales de intelección, buscan su esencia en la relación del lenguaje con la sociedad, con las comunidades lingüísticas. Lo importante, desde este punto de vista, son los efectos sociales que produce la utilización metafórica del lenguaje, la forma en que contribuye a la constitución de comunidades de comunicación, a la identidad de grupos lingüísticos, desde el nivel interpersonal más reducido (hablante-auditorio, autor-lector) al nivel lingüístico más general (cultural). En general, los psicólogos y filósofos de la ciencia tienden a destacar los aspectos cognitivos de la metáfora, mientras que los filósofos, sociólogos y críticos literarios acentúan sus aspectos socio-comunicativos.

12.1. Metáfora e intimidad comunicativa

La mayor parte de los teóricos interesados en la metáfora, y que la valoran positivamente en el contexto de sus investigaciones, están orientados hacia el contenido e importe cognitivos de la metáfora. En filosofía e historia de

la ciencia, sus concepciones se centran en la función y la importancia de metáforas y modelos en el surgimiento y desarrollo de teorías científicas, en el papel que desempeñan en la provisión de nuevas hipótesis y en su capacidad para penetrar ámbitos de la realidad remotos o inaccesibles (v. Cap. 6). En psicología se sobresale su papel en la formación de conceptos y su capacidad para organizarlos en sistemas, esquemas o marcos. Asimismo, se indica la gran medida e importancia de la difusión de los conceptos metafóricamente estructurados en nuestra vida cotidiana, poniendo de relieve la forma en que concebimos y orientamos nuestras acciones por su intermedio (v. Cap. 7).

Todo ello está muy bien, pero no es toda la historia. La metáfora no se agota en su virtualidad cognitiva, y afirmarlo así no es sino una forma más (moderna) de reducir un fenómeno esencialmente heterogéneo, polifacético. Del mismo modo que parte de la tradición filosófica y literaria relegó a la metáfora al limbo del ornato lingüístico, podría considerarse que un sector de la investigación contemporánea la ha recluido en el cielo cognitivo. ¿No será esta glorificación epistemológica de la metáfora un resabio del imperialismo ejercido en filosofía durante tanto tiempo por la teoría del conocimiento? Los empiristas tradicionales menospreciaban la metáfora porque no expresaba conocimiento alguno. Parece como si ello hubiera inducido a pensar que, si la metáfora hubiera de tener algún valor, ese valor debería ser precisamente el de contribuir a la deglución de la manzana paradisiaca. La reflexión sobre la variopinta naturaleza de los fenómenos metafóricos en el lenguaje natural permite, por lo pronto, no sólo reivindicar su presencia, sino también corregir inconvenientes sesgos en nuestra imagen filosófica del lenguaje. El lenguaje no es sólo el medio por el cual adquirimos y expresamos nuestro conocimiento de la realidad, ni esas funciones son la única fuente de su valor, ni las monopolizadoras del marchamo de respetabilidad intelectual. Es también el medio privilegiado en el que vivimos, el que nos da acceso a nuestra identidad comunitaria y cultural.

Los filósofos modernos que han reflexionado sobre la metáfora desde este último punto de partida, ciertamente minoritarios, han partido del sentimiento de insatisfacción que suscita el tratamiento predominantemente epistemológico en la filosofía contemporánea, al menos desde el celebrado

artículo de M. Black (1954). De acuerdo con éste, la esencia funcional de la metáfora es que satisface nuestras necesidades de comprensión y explicación allí donde el lenguaje literal no puede hacerlo. Para Black, como es bien conocido, la metáfora constituye un filtro a través del cual se puede aprehender la realidad objeto de nuestras apetencias cognoscitivas. Tal filtro no es en realidad una sencilla pantalla monocroma, sino una lente caleidoscópica, pero sistemática. Constituye un complejo de inferencias que se traslada del objeto secundario al primario mediante una proyección que oculta y destaca rasgos de éste. Como D.E. Cooper (1986) ha señalado, la idea básica tras la concepción de Black es la del modelo científico. Ciertamente los ejemplos de metáforas paradigmáticas que Black considera no son sino la crema lingüística de ciertos modelos científicos. Para Black, tras una buena metáfora se encuentra un modelo que puede organizar un campo de investigación, como el modelo hidráulico de la electricidad (la electricidad como un líquido). En última instancia, el valor de una metáfora reside en ser el germen fructífero de teorías e hipótesis, en constituir una fuente sugerente de ideas allí donde la teorización directa es difícil, por la novedad del objeto o la inmadurez de la disciplina. Pero en las metáforas de la vida cotidiana, muchas de las tesis de Black resultan sencillamente irrelevantes. En ellas no existen esos `complejos inferenciales' que son típicos de las metáforas científicas. Son más concretas, más puntuales, más inmediatas. No se puede hablar de ellas relacionándolas con la noción de modelo, por la sencilla razón que su propósito no es el de modelar una realidad en términos de otra, a través de una transferencia de ese complejo de implicaciones. Bien es cierto que se podría argumentar que esa `modelización' de las metáforas comunes conviene más bien a las metáforas sistemáticas que han analizado G. Lakoff y M. Johnson (1980), pero existen al menos dos objeciones para la aplicación del análisis de estos autores (Cooper, 1986): ante todo, hay que tener en cuenta que la concepción de M. Black no reconoce como auténticas metáforas las expresiones lexicalizadas que, en algún momento anterior, fueron efectivamente metafóricas, mientras que precisamente este tipo de expresiones es el que preocupa a Lakoff y Johnson. Esta objeción se podría salvar introduciendo la dimensión temporal, diacrónica: si bien ahora no son metafóricas, en algún momento del desarrollo de la lengua lo fueron, de tal modo que, si la función que les dio origen fue la de

conceptualizar un ámbito de la experiencia cotidiana, esa función proporciona también una explicación de la existencia de la metáfora lexicalizada¹. La lexicalización no es sino el índice del éxito social de una metáfora, pero ese éxito, aunque disipe la metaforicidad de la expresión, no puede afectar a la naturaleza de la explicación de su existencia. La cuestión es : ¿tienen las metáforas cotidianas, lexicalizadas o no, la función que M. Black considera paradigmática de las metáforas científicas, la de modelar un ámbito de la experiencia ?

La segunda objeción a este tipo de enfoque apunta más directamente al meollo de la cuestión. Para G. Lakoff y M. Johnson, la explicación de las metáforas reside en que éstas proporcionan una comprensión de experiencias que no se puede conseguir de ningún otro modo, de tal forma que la propia percepción de la realidad resulta afectada (modulada es el término de moda). Recuérdese lo que dicen a este respecto: “la esencia de la metáfora es entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra”² Pero, si así fuera, se seguiría que las metáforas determinarían unívocamente la comprensión: por ejemplo, no podríamos comprender la noción de inflación sino a través de la metáfora ‘la inflación es un enemigo’ . Pero esto no es cierto: en muchas ocasiones la comprensión de un concepto excluye la utilización de tales metáforas. Entender la inflación significa comprender un concepto económico, al cual se puede acceder, entre otras maneras, de forma literal, estudiando la economía de mercado, por ejemplo. De tal modo que “la metáfora del enemigo no proporciona comprensión en el sentido relevante de penetración teórica en el funcionamiento de la inflación, no en una forma siquiera remotamente parecida a la que se podría afirmar de un modelo económico de competencia perfecta, por ejemplo”³ La comprensión que proporcionan las metáforas cotidianas no es por tanto la comprensión que se

¹ Este es un argumento desarrollado y expuesto *supra*, en el Capítulo 3.3.

² Lakoff y Johnson, 1980, pág. 41, trad. esp.

³ D.E. Cooper, op. cit., pág. 147.

desprende de las metáforas científicas, entre otras cosas porque aquéllas están teñidas de sentimientos o actitudes culturales no presentes, en principio, en éstas últimas.

Finalmente, se pueden suscitar dos tipos de problemas de orden lingüístico que caen fuera del alcance de la concepción de M. Black: en primer lugar, la concepción de Black se basa en las expresiones metafóricas en sentido estricto, dejando al margen todo tipo de expresiones que, metonímicamente, son también rotuladas como metafóricas en la filosofía contemporánea del lenguaje, como por ejemplo la sinécdoque y la propia metonimia, con todas sus variedades. En el caso de estas expresiones, es evidente que no tiene sentido plantearse la modelización en la forma en que Black propuso. En segundo lugar, Black se limita a considerar la forma canónica 'A es B', donde la metafóricidad reside en el predicado 'es B', "pero existen incontables preferencias metafóricas que no tienen siquiera la forma apropiada para que la pregunta tenga sentido"⁴ Por ejemplo, la afirmación (S. Dalí) "Yo soy la Gioconda" no se puede analizar en términos de la concepción de M. Black como si S. Dalí fuera el 'filtro' a través del cual vemos a la Gioconda, o a la inversa. En general pocas metáforas poéticas pueden ser analizadas al modo propuesto por M. Black, y resultaría abusivo suponer que las metáforas poéticas, incluyendo las que se producen en la vida cotidiana, son un subproducto o residuo de las metáforas 'cognitivas', por decirlo así. Cooper recuerda que la metáfora ha sido utilizada, en la literatura y el arte modernos, con propósitos estrictamente opuestos a los cognitivos, esto es, con la intención de diluir el sentido de realidad, para difuminar la dualidad texto/mundo, como un medio para exorcizar la opacidad del propio lenguaje.

La concepción de M. Black y todas las que, bajo su influencia, pueden calificarse de "cognitivistas", son valiosas, pero parciales. Al destacar las utilidades cognitivas de una forma casi obsesiva, descuidan o menosprecian otras que podrían iluminar la compleja naturaleza de las expresiones metafóricas. En particular, descuidan "el lugar del habla metafórica dentro de

⁴ D.E.Cooper, op. cit., pág. 148.

las relaciones personales y sociales”⁵, cuyo análisis podría ayudar a conseguir una imagen más completa y auténtica del fenómeno metafórico.

Dentro del ámbito de las relaciones humanas y personales, la función ‘retórica’ de la metáfora que con más detenimiento se ha analizado es la del cultivo de la intimidad. Intimidad en el sentido de experiencia exclusivamente vivida, pero compartida; intimidad pues que no afecta sólo al individuo, sino a su relación con otro u otros con los que puede ‘formar sociedad’ para propósitos socio-comunicativos. ¿ En qué consiste tal intimidad ? ¿ Cómo se alcanza mediante un instrumento lingüístico, como la utilización de metáforas ?

Para responder a estas preguntas, hay que tener en cuenta ante todo que de lo que se está hablando es de las metáforas ‘creativas’, esto es, metáforas que son ideadas sobre la marcha, en el transcurso del intercambio comunicativo, o de metáforas convencionales, pero creativamente aplicadas. En cualquier caso no se trata de las metáforas lexicalizadas en que basan sus opiniones G. Lakoff y M. Johnson, habla convencional que es capaz de cultivar multitud de cosas, excepto la intimidad en el sentido que nos interesa. Tampoco se trata de la intimidad que se alcanza en los intercambios lingüísticos convencionales. Todo el que sepa algo de sociolingüística tiene conciencia de que el uso del lenguaje es un marcador social de primera importancia, el medio fundamental por el que nos identificamos con nuestros iguales y nos diferenciamos de otros semejantes. Mediante el lenguaje aprendemos a conocer y reconocer los grupos a los que pertenecemos y a advertir nuestras diferencias con respecto a otras comunidades de comunicación. Nuestra conducta lingüística esta impregnada de indicaciones que permiten nuestra identificación social y nuestra personalidad comunicativa. La variación y las variedades lingüísticas manan de esa fuente social, son las funciones que mueven la evolución de la lengua, los dialectos, las jergas, etc.

En cualquier comportamiento lingüístico, por muy literal o convencional que sea, son reconocibles los aspectos que desempeñan la función de identificación social, desde los fonológicos a los pragmáticos. Toda muestra de conducta tiene como resultado, si los guiños lingüísticos funcionan

⁵ D.E. Cooper, op. cit., pág. 152.

correctamente, la consecución de un cierto tipo de intimidad, en un sentido muy general. El oyente reconoce como parigual al hablante, o no, y en ese sentido lo introduce en su propia comunidad comunicativa, o lo excluye de ella. Pero la intimidad de que se habla cuando se hace residir en ella una de las funciones comunicativas de la metáfora no es tan general ni, en un cierto sentido, tan externa. Más bien parece funcionar en el nivel interior a la propia comunidad comunicativa, siendo por tanto más personal que social, más individual que colectiva. En realidad, la comunidad comunicativa que puede ser pertinente para considerar la metáfora bajo este prisma se puede reducir a dos personas, hablante y oyente. La cuestión es que hablante y oyente alcancen ese momento de intimidad a partir de una coordinación de sus actividades lingüísticas (productivas, interpretativas) que va más allá de lo que habitualmente se requiere. La metáfora puede verse así como una especie de invitación por parte de quien la produce, una sugerencia tácita para participar en un juego de agudeza y penetración que, como una danza, requiere la armonía de los `movimientos' de los participantes. Es una propuesta para realizar un esfuerzo conjunto y extraordinario, sobreañadido al que exige la comprensión del habla corriente, pero que pide habilidades que no se encuentran mucho más allá de la competencia media de los miembros de una comunidad: "El hablante figurativo está inmerso en un proyecto social complejo. Está haciendo una demostración de un nuevo lenguaje, reclutando hablantes y estableciendo una relación vital con los correspondientes reclutas. La forma pertinente de relación con el hablante es adoptar su metáfora, o extenderla en un sistema. Se convierte uno en un `colega' desarrollando el metaforés"⁶.

De hecho, la competencia que es necesaria para participar en el juego metafórico se reduce a dos componentes: 1) reconocer la expresión como metafórica, y 2) desentrañar la metáfora, esto es, captar la relación que permite referir a lo metaforizado con lo metaforizante. Se puede pensar que esta competencia es extraordinaria en la medida en que va más allá de las tareas interpretativas del auditorio: asignar referentes a las expresiones que refieren (utilizando el conocimiento contextual), captar el significado conceptual de los términos empleados, averiguar la fuerza ilocutiva con la que son proferidos, etc.

⁶ H. Skulsky, 1986.

Pero es precisamente ese carácter relativamente extraordinario el que constituye el cemento con que se liga la intimidad hablante/auditorio. Si la interpretación de las expresiones requiere siempre, en el contexto dinámico de la interacción, la entrada en funcionamiento del conocimiento del contexto, esa presencia parece aún más urgente en el caso de la interpretación metafórica. En ciertos casos extremos, ni siquiera se puede reconocer una expresión como metafórica a menos que la interpretación incluya como premisas piezas de ese conocimiento contextual. Existen ciertos mecanismos generales, relacionados con los principios comunicativos, que guían al auditorio en el reconocimiento de una expresión como metafórica, pero tales mecanismos no determinan la interpretación que, en cada caso, es la correcta. Para ello se requiere conocimiento contextual específico, al menos cuando se trata de metáforas con escaso grado de convencionalidad (o alto de creatividad). Ese conocimiento contextual requerido para la interpretación es, por supuesto, gradual con respecto a la especificidad. En su extremo más general, puede consistir en conocimientos de supuestos, creencias, valores, culturalmente difundidos en una comunidad, de tal modo que la novedad del uso de metáforas basados en él resida más en la aplicación que en la elaboración. En tal caso, se podría decir que la metáfora empleada no sólo sería reconocible como tal por hablante y auditorio en esa ocasión particular, e interpretable correctamente en ella, sino que podría haber sido empleada y comprendida por cualquier miembro de la comunidad lingüística a la que pertenezcan hablante y oyente en la ocasión en cuestión. En ese sentido, sería mínimo el carácter extraordinario del proceso de elaboración y comprensión de la preferencia metafórica, y mínima asimismo su incidencia en la cimentación de la intimidad hablante/auditorio.

En cambio, en el otro extremo de la escala, se encontrarían las metáforas para cuya comprensión sería necesario el acceso a un conocimiento contextual que sólo hablante y auditorio poseen. En tal caso, la preferencia metafórica es literalmente opaca para el resto de la comunidad lingüística, porque carecería del instrumento necesario para operar la interpretación correcta. En este extremo radical, la comunidad lingüística pertinente, desde el punto de vista interpretativo y productivo, es solamente la formada por el hablante y su auditorio.

La intimidad hablante/auditorio tiene, a lo largo de toda la escala, una misma causa, la apelación a un conocimiento compartido. Es inversamente proporcional a la especificidad de ese conocimiento: cuanto más general sea el conocimiento, cuanto mayor la comunidad que a él tiene acceso, será menor el efecto retórico de crear intimidad, se asemejará más al lenguaje literal que, en principio, es susceptible de ser comprendido por todos los hablante de una lengua. Y a la inversa: cuanto más concreto y especial sea el conocimiento que nutre la metáfora, cuanto más personal sea su naturaleza, tanto más contribuirá a reforzar en hablante y auditorio el sentimiento de formar una comunidad exclusiva y excluyente de comunicación.

Como bien saben los sociólogos en general, y los sociolingüistas en particular, todo proceso de formación de una personalidad está construido con dos materiales: identificación y exclusión. Si el uso del lenguaje nos sirve para alcanzar una identidad (en realidad, muchas identidades), debe incorporar esos dos aspectos: nos ha de servir para identificar a nuestro grupo e identificarnos ante él, y nos ha de permitir negar, aunque sea implícitamente, nuestra pertenencia a otros grupos. La utilización de ciertas metáforas puede constituir en ese sentido una contraseña social, que puede situarse en el mismo nivel, en cuanto a su función, que el uso de una jerga. Del mismo modo que ésta aísla y delimita un grupo social, el lenguaje metafórico puede remitir a las señas de identidad lingüística y social, que han adquirido individualidad a costa de otras.

De todos modos, es evidente que, por una parte, ni la metáfora es el único medio para alcanzar identidad lingüística ni, por otra, es un instrumento autónomo para conseguirla. La metáfora, desde este punto de vista, forma parte de un repertorio de medios lingüísticos en general, retóricos en particular, que incluye el empleo de la ironía, de las jergas, del humor. En todos ellos se puede rastrear esa función de establecer vínculos de complicidad entre hablante y auditorio, y en todos ellos opera más o menos el mismo mecanismo: la remisión a un mundo común de conocimientos, creencias, actitudes. Por lo demás, la metáfora no sería efectiva en la realización de su función si el esfuerzo interpretativo suplementario que exige fuera sólo eso, la entrada en juego de elementos del conocimiento compartido por hablante y auditorio. Pero esa remisión ni es puntual ni neutra: la sobreexigencia interpretativa es también

la invitación a entrar en un mundo de creencias y valores conjuntamente contemplado. La interpretación de la metáfora desencadena así un efecto de eco, que reverbera por los perfiles de nuestra fisonomía conceptual. La preferencia de una metáfora es por tanto el recordatorio de que no sólo se tiene en común esta o aquella migaja de conocimiento, sino todo un mundo o forma de vivir compartida. Es al mismo tiempo una reverencia y un convite, una leve inclinación de reconocimiento ante el que se presume igual y la sugerencia de reafirmar esa igualdad en el juego del lenguaje.